

Lola Lago

D E T E C T I V E

Lourdes Miquel y Neus Sans

La llamada de La Habana



江苏工业学院图书馆
La llamada de
藏书章
La Habana

Lourdes Miquel / Neus Sans

La llamada de La Habana

The logo consists of a solid black rectangle. Inside the rectangle, the words "Prentice" and "Hall" are stacked vertically in a white, serif font.

Prentice
Hall

Upper Saddle River
New Jersey 07458

© Lourdes Miquel y Neus Sans
Difusión, Centro de Investigación y Publicaciones de Idiomas, S.L.
Barcelona, Spain

Diseño de la colección y cubierta: Àngel Viola

ISBN: 0130993824

Depósito Legal: B-43.401-2004

Printed in Spain by Torres & Associats, S.L.

Distributed in North America by Prentice Hall

En esta historia vas a conocer a estos personajes:

Lola Lago: es jefa de una agencia de detectives en Madrid. Tiene un nuevo caso para solucionar.

Paco: trabaja con Lola Lago. Es su socio y también su amigo.

Miguel: es el otro socio de Lola. Los tres son detectives.

Margarita: es la secretaria de Lola, de Paco y de Miguel.

Alberto Sanjuán: es un viejo amigo de Lola. Necesita su ayuda porque han asesinado a su jefe y la policía cree que ha sido él.

Digna: trabaja para el Sr. Zabaleta. Todos los días limpia las oficinas.

Carmela: es una vieja amiga y vecina de Lola. Le gusta invitar a cenar a Lola a su casa, porque la pobre tiene tanto trabajo que ni se acuerda ni de comer.

Blanca Fanjul: es la secretaria personal del Sr. Zabaleta.

Sra. Zabaleta: han asesinado a su marido mientras estaba de vacaciones en Cuba.

Inspector Gil: es un inspector de policía de Madrid. No le gustan las mujeres detective.

1

Todo empezó un miércoles por la mañana. Yo estaba en mi oficina, en la agencia de detectives privados. Sonó el teléfono y Margarita, la secretaria, respondió de mal humor. Margarita siempre se pone de mal humor cuando suena el teléfono y no es Tony, su novio, su gran amor.

–Lola, una llamada para ti, de «Publimasen» o «Publimagen» o algo así –dijo al pasarme la llamada.

–¿Lola Lago? –preguntó una voz conocida.

–Sí, soy yo, ¿con quién hablo? –pregunté yo.

–Soy Alberto.

–Perdona, ¿Alberto qué? Ahora mismo no...

–Alberto Sanjuán.

Alberto es un antiguo novio mío, de cuando éramos estudiantes. Él estudiaba Arquitectura y yo, Derecho. Ahora es un importante ejecutivo. Trabaja en una empresa de publicidad.

–¡Alberto, hombre! ¿Qué tal? ¿Qué es de tu vida?!

–Bien, bien, bien...–dijo nervioso–. Mira, Lola, la verdad es que te llamo como amiga pero también como detective. Te

necesito. Ha pasado algo horrible: han asesinado a mi jefe.

—¿Al director de la agencia de publicidad?

—Sí, a Ignacio Zabaleta. Parece que fue anoche. ¿Puedes venir ahora mismo?

—Sí, sí puedo. ¿Dónde estás?

—Aquí en la agencia, en «Publimagen». Paseo de La Habana, 5.

—Voy para allá. ¿Ha llegado ya la policía?

—Sí. Esto está lleno de policías.

—Bueno, pues, hasta ahora.

—Gracias, Lola. ¿Sabes...? La policía cree que yo... Bueno, nada, luego te explico.

Alberto Sanjuán, mi viejo amigo, estaba asustado. Y Alberto no se asusta fácilmente. Lo conozco muy bien.

2

—Margarita, me voy —dije poniéndome el abrigo—. Si me necesitáis, estoy en «Publimagen».

—¿En qué número?

—Ni idea. Búscalo en las páginas amarillas².

—¿A qué hora vuelves?

—No sé. Quizá no vuelvo.

—Es que el Sr. Ramales viene a las doce y media...

—Pero van a venir Paco y Miguel, ¿no?

Paco y Miguel son mis socios. Paco es un gordito simpático al que le gustan sobre todo dos cosas: el chocolate y las chicas guapas. Por este orden. Miguel, en cambio, es un tímido terrible. Es un hombre muy atractivo pero él no lo sabe. Y, cada vez que va a salir con una chica, se pone enfermo, o eso dice él. En el fondo, son dos chicos estupendos.

—Miguel está en la cama con fiebre y Paco se ha ido a pasar la mañana a El Escorial³ con una amiga americana —me

explicó Margarita.

—¡Vaya por Dios! Llama a Ramales y dile que venga esta tarde, o mañana... ¡O nunca! Total, no encontramos a su mujer...

—¿Qué?

—Que no encontramos a su mujer. El Sr. Ramales nos ha contratado para buscar a su mujercita. La Sra. Ramales se fue de casa el jueves pasado con todas sus joyas y seis millones de pesetas.

—¡Pobre...!

—¿Ramales? ¡Bah...!

—No, Ramales, no. Su mujer. Actualmente seis millones no es nada.

Margarita tiene a veces unas ideas un poco especiales.

3

Salí a la calle. Hacía frío ese miércoles 17 de marzo. En Madrid hace mucho calor en verano y bastante frío en invierno. A mí no me gusta nada el invierno.

Fui a buscar mi vieja moto, mi vieja Vespa. Intenté ponerla en marcha. Nada. Cuando hace frío, no quiere ponerse en marcha. Es como yo. Tampoco le gusta el invierno.

A esa hora aún no había ni un taxi por la calle Alcalá⁴, donde está nuestra oficina. Y yo tenía ganas de llegar a «Publimagen» y poder hablar con el pobre Alberto. Yo también estaba un poco nerviosa. Siempre me pasa cuando empiezo un nuevo caso. Y éste era un caso importante: el asesinato de un conocido ejecutivo madrileño.

Por fin paró un taxi.

En la Castellana⁵ a esa hora había mucho tráfico. Media

hora después el coche se paró delante de un lujoso edificio de oficinas. En la puerta había varios coches de la Policía Nacional⁶.

–¿A dónde va, señorita? –me preguntó un policía.

–A «Publimagen». Soy detective privado y la empresa me ha contratado.

–Yo no puedo dejar entrar a nadie –dijo él.

–Pues yo tengo que entrar.

Estaba empezando a ponerme nerviosa.

–¡Sánchez! Ve a buscar al sargento.

El cabo habló con el sargento, el sargento con el teniente, el teniente con el inspector⁷, etcétera, etcétera. Por fin, a la una, entré en «Publimagen». Alberto estaba en la entrada.

–Perdona, chico, el tráfico y esos policías de ahí fuera que no me dejaban entrar...

–No te preocupes, pasa, pasa.

Entramos en un despacho muy elegante: sofás de cuero, una mesa de cristal, italiana seguramente, y cuadros muy caros en las paredes. Un Tápies, un Miralles, un Arroyo y una litografía de Miró⁸. «Publimagen» era realmente una empresa muy importante, la agencia de publicidad más importante del país, según algunos.

–Emma, por favor, que no nos moleste nadie –dijo Alberto a una chica sentada junto a la puerta de su despacho.

Al fondo de un pasillo había muchos policías. En ese momento salió un fotógrafo.

«La oficina de Zabaleta», pensé yo.

4

–Cuéntamelo todo, con todos los detalles. Todo puede ser importante

–Sí, claro, claro –dijo pensativo Alberto–. No sé por dónde empezar...

–¿Cuándo lo han encontrado?

–Esta mañana. Su secretaria, Blanca Fanjul, ha llegado a las nueve. La puerta de la oficina de Zabaleta estaba cerrada con llave por dentro. Ha llamado y no ha respondido nadie. Ha pensado que era un poco raro y ha venido a pedirme la llave. Y...

–¿Quién tiene esa llave?

–Sólo yo. Y Zabaleta, claro. Él tenía dos. Una la ha encontrado ya la policía. La llevaba en el bolsillo. La otra..., la tenía en casa, supongo.

–Bien, sigue, sigue.

–Blanca ha abierto y... Y allí estaba. Muerto.

–¿Cómo?

–¿Qué?

–Que cómo ha muerto.

–Un tiro. La pistola estaba sobre la mesa, al lado de su mano.

–¿Suicidio?

–La policía cree que no. Otra cosa: piensan que murió entre las ocho y las once.

–¿Sabes si la policía ha encontrado alguna otra cosa importante? Algún objeto, alguna pista...

–Sí, una carta, una carta de despido.

–¿Para quién?

–Para mí. ¿Entiendes ahora por qué estoy tan nervioso?

–Calmá, tranquilo, Alberto. Todo se aclarará. ¿Tenías problemas con él?



–No, ningún problema. Bueno, Zabaleta era una persona difícil. Tenía bastante mal carácter y era muy exigente pero... bueno, nosotros dos trabajábamos bien juntos, creo yo. No tenía ninguna razón para despedirme.

–¿Estás seguro?

–Sí, segurísimo.

–¿Dónde estaba la carta? –pregunté yo.

–En uno de los cajones de su mesa.

–¿Ha pasado algo especial en la agencia últimamente?
¿Algo raro...?

–Especial, no. Tenemos mucho trabajo. Y un trabajo muy importante: la campaña electoral de Alfonso Juárez.

Alfonso Juárez es el líder de un nuevo partido de centro derecha. Es un partido pequeño todavía pero mucha gente piensa que pronto va a ser un partido importante.

–En ese tema, Zabaleta y yo no estábamos de acuerdo
–continuó Alberto.

–¿Por qué?

–Ya sabes, la política es muy complicada y... Bueno, a mi no me gustan ni Juárez ni su partido. Creo que no es bueno para la agencia trabajar para ellos.

En ese momento sonó el teléfono. Era Emma, la secretaria de Alberto. El inspector Gil quería hablar con él. Me quedé sola en la oficina y pude mirarlo todo tranquilamente: era la típica oficina de un *yuppie*⁹ madrileño. No había fotos de niños sobre la mesa. «¿No se habrá casado?», me pregunté. ¡Hacia tantos años que no nos veíamos...! No sabía nada de su vida.

Unos minutos después, Alberto volvió.

–Háblame un poco de Zabaleta –le dije–. ¿Edad?

–Unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve.

–¿Casado?

–Sí. Su mujer es María Victoria Villaencina.

–¿La que a veces sale en *Hola*¹⁰?

–Sí. Una mujer muy...

–¿Muy qué?

–No sé cómo decirlo... Muy especial. Muy inteligente, muy elegante... Es hija del Marqués del Carpo, ya sabes...

–No, ni idea, sólo leo *Hola* en el dentista y en la peluquería.

–Bueno, pues eso, es una aristócrata, pero de la aristocracia pobre.

–¿Qué tal iba el matrimonio? ¿Problemas?

–No sé, quizá. Ignacio y yo no hablábamos de cosas personales.

–¿Cuándo puedo hablar con ella?

–¿Con la mujer de Zabaleta?

–Sí.

–No ha llegado todavía. Cuando llegue a Madrid, supongo.

–O sea que estaba fuera...

–Estaba de vacaciones en Cuba, en La Habana. Llega esta noche, creo. Ella fue la última persona que habló con Ignacio Zabaleta. Le llamó anoche desde la Habana, a las nueve y media, hora española. Allí en La Habana, eran las tres y media.

–¿Y tú? ¿Dónde estuviste anoche desde las ocho hasta las once?

–A ver...

Alberto intentaba ordenar sus recuerdos.

–Salí de aquí a las siete, fui al supermercado de El Corte Inglés¹¹ a comprar unas botellas de cava¹². Por la noche estaba invitado en casa de unos amigos y quería llevarles algo¹³. Luego, me fui a casa. Había mucho tráfico y tardé mucho. Es que vivo en Pozuelo¹⁴, ¿sabes?

–No, no sabía –dije pensando que efectivamente no sabía casi nada del Alberto actual.

–Llegué a casa sobre las nueve o nueve y media. Estuve un rato en casa y sobre las diez, fui a casa de esos amigos.

–O sea que entre las siete y las diez no tienes ninguna coartada... ¿Estuviste todo el rato solo?

–Sí.

Pensé que eso no era nada bueno para Alberto, pero no dije nada. Despedido por Zabaleta, sin coartada entre las siete y las diez, candidato a ser el futuro director de «Publimagen»... Iba a ser difícil demostrar que era inocente.

–Algo más? ¿Algo que pueda ser interesante?

–Sí, un anónimo.

–¿Una carta?

–Sí, Zabaleta recibió una carta muy extraña hace dos o tres días. La carta decía que teníamos que dejar la campaña electoral de Alfonso Juárez, que si no lo hacíamos, matarían a alguien.

–¿Qué raro, ¿no?

–Sí, es muy raro.

–¿Puede ser una asesinato político?

–Ni idea. Pero hay algo más: la policía cree que esa carta se escribió con mi ordenador.

–¿Cómo que con tu ordenador?

–No sé, no sé... Lola, yo no entiendo nada de lo que está pasando. ¿Qué voy a hacer? –dijo desesperado.

¡Pobre Alberto! Yo sí lo entendía: alguien quería verle en la cárcel, alguien que había matado a Ignacio Zabaleta. Pero, ¿quién?

6

Volví a la oficina después de intentar animar a Alberto. Margarita, como siempre, estaba hablando por teléfono con su novio.

–Perdona, mi amor, un segundo. Sí, sí, ahora mismo te llamo, cariño... –dijo Margarita colgando el teléfono al ver mi mirada asesina.

–¿Ha pasado algo? ¿Qué son esas flores?

Encima de una mesa había un enorme ramo de flores.

–Las ha mandado el Sr. Ramales. Está muy contento. Dice que somos los mejores detectives de Madrid.

–¿Nosotros?

–Sí. Ha dejado un cheque de ciento cincuenta mil pesetas y las flores.

–¿No me digas! ¿Y eso?

–Su mujer ha vuelto.

–Pero nosotros no hemos hecho nada...

–Es lo que yo decía: seis millones es muy poco.

No dije nada. Tomé una rosa y me la llevé a mi despacho.

7

A las dos y media sonó el teléfono.

–Lola, Paco por la línea dos.

–¡Hombre! ¿Qué tal por El Escorial? –le dije con toda mi ironía.

–Bien, muy bien...

–¿Y tu americana?

–¿Qué americana?

–La chica, «tu» turista americana...

–Ah, Lulú. Es canadiense.

–¿Y los canadienses no son americanos?

–Bueno, sí claro... Se va a París esta noche.

–Hombre, qué pena. Pero así puedes venir algún día a la oficina, ¿no te parece?

–¿Te he dicho ya que el padre de Lulú tiene una fábrica de bombones en Montreal?

–No me digas... O sea, que es la mujer de tu vida.

–Venga, nena, no te pongas así... Además, estos días no tenemos ningún cliente.

–Primero, no me llames «nena»¹⁵. Y, segundo, sí tenemos un cliente. Tenemos el caso más importante de la historia de esta maldita agencia: el asesinato de Ignacio Zabaleta, el director de la agencia de publicidad más importante de España.

–¿Sí? ¿Nosotros? ¿Por qué nosotros?

–Nada, cosas mías...Tengo que hablar contigo. ¿A qué hora vas a venir?

–Ahora mismo. Voy enseguida para allá.

–Te espero.

–Nena... No estás enfadada, ¿verdad?

–No. Pero no me llames nena, ¿vale? –respondí yo y colgué.

Es horrible: no me puedo enfadar con Paco. Aunque se vaya a El Escorial con guapas canadienses fabricantes de chocolate.

8

Al rato llegaron mis dos socios, Paco y Miguel. Paco, comiendo bombones «made in Canadá», naturalmente.

En unos minutos les expliqué todo lo que yo sabía del caso Zabaleta: quién era Alberto, quién era Ignacio